

XXVI.

Cuando hubieron cesado estos combates, y creí estar firme de nuevo en el hábito de honrar á Dios en todas mis voluntades, disfruté por algun tiempo una dulcísima paz. Las declaraciones que me tomaba la comision cada dos ó tres dias, aunque eran molestas, no me daban inquietudes durables. Procuraba en esta árdua posicion no faltar á mis deberes de honor y de amistad, y despues decia: haga Dios lo restante. Volví á ser exacto en la práctica de prever diariamente toda sorpresa, toda conmocion, toda calamidad posible, y este ejercicio me era tambien bastante grato.

Sin embargo mi soledad aumentó: ambos hijos del alcaide que al principio me tenian algunas veces compañía fueron enviados á la escuela, y como estaban poquísimos en casa, no venian mas á verme. La madre y la hija que cuando las acompañaban los chicos se detenian á menudo á hablar conmigo, ahora no parecian mas que para traerme el café, y al instante me dejaban. Por la madre me daba poco, porque no mostraba ánimo compasivo, pero la hija, aunque basta, tenia cierta dulzura en las miradas, y cierta suavidad en las palabras que no eran para mí sin algun precio. Cuando me traia ella el café

y decia: « soy yo quien lo he hecho, » lo encontraba siempre exquisito; cuando decia: « lo ha hecho mamá, » era agua caliente.

Viendo tan rara vez criaturas humanas, paré la atencion en algunas hormigas que venian á mi ventana, las echaba de comer tan suntuosamente que fueron á buscar un ejército de compañeras, y la ventana fue plagada de estos insectos. Me llamó igualmente la consideracion una hermosa araña que fabricaba su tela en una de mis paredes, le ponía moscas y mosquitos, y se hizo tan amiga mía que venia á la cama y á mi mano á agarrar la presa que le presentaba en mis dedos.

¡Ojalá hubieran sido estos insectos los únicos que vinieron á visitarme! Estabamos todavía en primavera, y ya los mosquitos se multiplicaban, por decirlo así, espantosamente; el invierno habia sido sumamente templado, y en seguida de algunos vientos de marzo llegaron los calores. Es increíble cómo se abrasó el ambiente de la huronera en que yo habitaba, pues situada totalmente al mediodía bajo un techo de plomo, y con la ventana hácia la boveda de San Márcos tambien cubierta del mismo metal cuya reverberacion era tremenda, me ahogaba, en términos que nunca me acuerdo haber tenido un bochorno tan escesivo. A mas de este terrible suplicio, era tal el enjambre de mosquitos que por mas que los sacudia y mataba, estaba conti-

nuamente cubierto; la cama, mesa, silla, suelo, paredes, techo, todo estaba lleno de ellos, en él aire habia infinidad, entraban y salian por la ventana haciendo un zumbido infernal. Las picaduras de estos insectos son dolorosas, y cuando se reciben de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, y se tiene la perenne molestia de pensar en disminuir su número, se sufre verdaderamente de cuerpo y espíritu.

Vista la incomodidad de semejante plaga, sin poder conseguir que me mudasen de prision, tuve tentaciones de suicidio, y á veces temí volverme loco; mas, gracias á Dios, estos arrebatos no eran duraderos, y la religion continuaba á sostenerme, persuadiéndome ella que el hombre debe padecer, y padecer con aliento haciéndome experimentar en el dolor una especie de deleite, el deseo de no dejarme sojuzgar y de superar todo. Decia pues: cuanto mas incómoda me sea la vida, tanto menos grande sera mi terror, si jóven como soy, me veo condenado al suplicio, sin estos tormentos preparatorios moriria tal vez cobardemente; y de todos modos ¿tengo yo tales virtudes de merecer felicidades? ¿dónde estan estas? Y examinándome con justo rigor, no hallaba en los años que habia vivido, sino un corto número de acciones algo dignas de aprobacion, todo lo demas era pasiones locas, idolatrías, orgullosa y falsa virtud. Y bien, concluía,

sufre, ¡indigno! Si los hombres y los mosquitos te sacrifican solo por furor y sin derecho, considéralos como instrumentos de la justicia divina, y cállate.

## XXVII.

¿Necesita el hombre de esfuerzo para humillarse sinceramente, y reconocerse por pecador? ¿No es verdad que en general gastamos la juventud en vanidades, y en vez de poner todo nuestro conato en la carrera del bien, empleamos gran parte en envilecernos? Habrá escepciones, pero confieso que estas no alcanzan á mi pobre persona, y no tengo ningun mérito en estar descontento de mí: cuando se ve una lámpara despedir mas humo que luz, no se requiere gran sinceridad para decir que no arde como debiera. Sí, sin envilecimiento, sin escrúpulos de mogigato, considerándome con toda la tranquilidad posible de espíritu, me encontraba digno de los castigos de Dios. Uua voz interior me decia: eres acreedor á estos castigos sino por esto, por aquello, válgante para dirigirte hácia Aquel que es perfecto, y los mortales son llamados á imitar, segun se lo permiten sus fuerzas. ¿Con qué razon, pues, mientras estaba obligado de acusarme de mil infidelidades á Dios, me hubiera quejado si algu-

nos hombres me parecian viles, y algunos otros inicuos, si las prosperidades del mundo me eran arrebatadas, si debia consumirme en la cárcel, ó perecer de muerte violenta?

Procuré grabarme profundamente en el corazon tales reflexiones tan justas y tan bien sentidas; lo cual hecho, veia que me precisaba ser consecuente, y que no podia serlo de otro modo, sino bendiciendo á los rectos juicios de Dios, amándolos y estinguendo en mí toda voluntad contraria á ellos. Para asegurarme mas en este propósito, pensé en hacer desde ahora en adelante un exámen riguroso de todos mis sentimientos, escribiéndolos. Lo malo era que la comision, permitiendo que yo tuviese recado de escribir, me contaba los pliegos, con prohibicion de destruir ninguno, y reservándose examinar en qué los habia empleado. Para suplir el papel, recurrí al inocente artificio de raspar con un pedazo de vidrio una mesa basta que tenia y en la que escribia cada dia largas meditaciones sobre los deberes de los hombres, y de los míos en particular. No exagero diciendo que las horas así empleadas me eran á veces deliciosas, á pesar de la dificultad de respirar que padecia con motivo del enorme calor y las picaduras dolorosísimas de los mosquitos. Para disminuir el número de estas últimas, estaba obligado, malgrado el calor, á envolverse bien la cabeza y piernas, y escribir, no solo

con guantes, sino con las muñecas fajadas para que no entráran los mosquitos por las mangas.

Estas meditaciones tenian un carácter biográfico, pues componia la historia de todo el bien y el mal que habia advertido formarse en mí desde la infancia acá, discutiendo conmigo mismo, ingeniándome en aclarar toda duda, ordenando lo mejor que podia todos mis conocimientos, todas mas ideas sobre cada cosa.

Cuando toda la superficie disponible de la mesa estaba escrita, leia y releia, meditaba sobre lo ya meditado, y al fin me decidia (frecuentemente con disgusto) á rasparlo todo con el vidrio, para volver á tener lista esta superficie á recibir nuevamente mis pensamientos.

Continuaba en seguida mi historia siempre truncada con digresiones de toda especie, con analisis ya de este, ya de aquel punto de metafísica, moral, política y religion, y cuando todo estaba lleno, volvía á leer y releer, y despues á raspar.

No queriendo tener ningun obstáculo en repetir-me con la mas libre fidelidad los hechos que recordaba y mis opiniones, y previendo posible alguna visita inquisitorial, escribia en cifras, esto es, con trasposiciones de letras y abreviaturas, á las cuales estaba muy acostumbrado. No tuve sin embargo ninguna visita semejante, y ninguno podia sospechar que pasaba tan bien mi tristísimo tiempo. Cuando

oia al alcaide ó á otros abrir la puerta, cubria la mesa con un paño, y ponía encima la escribanía y el *legal* cuadernillo de papel.

### XXVIII.

Dedicaba tambien algunas horas en este cuadernillo, y á veces todo un dia ó una noche entera; escribia en él obras literarias: compuse entonces *Esther d'Engaddi é Iginia d'Asti* y los cuatro cantos intitulados: *Tancreda, Rosilde, Eligi e Valafrido, y Adello*, ademas varios esqueletos de tragedias y de otras producciones, como un poema sobre la *Liga lombarda*, y otro sobre *Cristobal Colon*.

Como el obtener se me renovase el cuadernillo, cuando estaba concluido, no era siempre cosa fácil y pronta, hacia el borrador de toda composicion encima de la mesa, ó en los pedazos de papel malo en que me hacia traer hijos secos ú otras frutas. Algunas veces con dar mi comida á uno de los *secondini*, ó hacerle creer que estaba desganado le inducia á regalarme algunos pliegos de papel, lo que solo sucedia en ciertos casos, cuando no cabia ya mas en la mesa, y no podia resolverme á rasparla. Entonces sufría el hambre, y aunque el alcaide tenia en depósito dinero mio, no le pedia en todo el dia de comer, ya porque no sospechase que habia dado mi

comida, ó bien porque el *secondino* no advirtiese que yo habia mentido asegurándole mi inapetencia. Por la tarde me sostenia con café muy fuerte, y suplicaba lo hiciese la *siora Zanze* (Angela). Esta era la hija del alcaide, la cual si podia hacerlo sin saberlo su madre, lo cargaba estraordinariamente, de forma que teniendo mi estómago vacío, me causaba una especie de agitacion nerviosa sin dolor que me tenia despierto en toda la noche.

En este estado de embriaguez moderada sentia redoblárseme las fuerzas intelectuales, poetizaba, filosofaba y oraba hasta la madrugada con maravilloso placer, á cuya hora me asaltaba una repentina flaqueza, por lo que me tendia en la cama, y á pesar de los mosquitos que venian á chuparne la sangre, bien que me tapase, dormia profundamente una ó dos horas.

Estas noches agitadas á causa del café tomado en ayunas, y pasadas en tan dulce exaltacion, me parecian demasiado agradables para no deber proporcionármelas con frecuencia. Así es que sin tener necesidad del papel del *secondino*, no raras veces tomaba el partido de no tocar á mi comida, para lograr por la noche el deseado encanto de la mágica bebida. ¡Feliz cuando conseguia mi intento! Mas de una vez me sucedió que el café no estaba hecho por la compasiva Zanze, y era ineficaz, lo que me ponía algo mal humorado, y en vez de sentirme

electrizado, desfallecia, bostezaba, tenia hambre, me acostaba, y no podia dormir.

Despues me quejaba á Zanze, y ella tenia lástima de mí: un dia que la regañé aspéramente, dándole á entender que me habia engañado, la pobrecilla se puso á llorar y me dijo: señor, nunca he engañado á nadie, y todos me tienen por embustera.

— ¿ Todos? luego no soy yo el solo que rabia por esa mala bebida.

— No quiero decir eso, señor. ¡ Ah! si supierais... si pudiese abriros mi pecho....

— No lloreis así. ¿ Qué diantres teneis vos? Os pido perdon si os he reñido sin razon; me persuado que no es vuestra culpa si el café es tan pésimo.

— Eh, no lloro por eso, señor.

Mi amor propio quedó algo mortificado, pero me reí.

— ¿ Con que vos no llorais, por mis reprehensiones, sino por otra cosa?

— Sí por cierto.

— ¿ Quién os ha llamado embustera?

— Un amante.

Y se puso encarnada, y en su ingenua confianza me contó un idilio cómico-serio que me conmovió.

## XXIX.

Desde este dia, fui el confidente de la jovencita, sin saber porqué, y tuvo conmigo largas conversaciones. Me decia: -- Vos sois tan bueno que os miro como una hija puede mirar á su padre.

— Vos me haceis un mal cumplido, le respondí desviando su mano; tengo apenas treinta y dos años, y ya me considerais como vuestro padre.

— Diré, pues, como un hermano.

Y me agarraba por fuerza la mano, y me la apretaba con afecto; y todo esto era inocentísimo.

Decia luego entre mí: fortuna que no es una beldad, pues de lo contrario esta inocente familiaridad podria desconcertarme. Otras veces me decia: fortuna que es tan jóven, no hay peligro de que me enamore de muchachas de esta edad. Algunas veces tenia cierta inquietud, pareciéndome que me habia engañado en juzgarla fea, y me veia en la precision de convenir que no carecia de cierta regularidad en las formas de su cuerpo y facciones de su rostro. Si no estuviese tan descolorida, decia yo, y no tuviese esas pecas en la cara, podria pasar por hermosa.

Verdad es que es imposible no encontrar algun atractivo en la presencia, miradas y conversacion

de una jovencita vivaracha y afectuosa. Nada habia yo hecho por grangear su cariño, y me queria como padre ó como hermano, á eleccion mía. ¿Porqué? Porque habia leído la *Francesca da Rimini* y *Eufemio*, y mis versos la hacian llorar mucho; y mas de eso porque estaba preso, *sin haber robado ni matado*, segun ella decia.

Finalmente yo que habia cobrado aficion á Magdalena sin verla, ¿cómo hubiera sido indiferente á los cuidados fraternales, graciosos alhagos y esquisito café de la

Venetianina adolescente sbirra.

Seria un impostor, si atribuyese á cordura el no haberme prendado; no me enamoré, únicamente porque tenia un amante de quien estaba apasionada perdida. ¡Pobre de mí si hubiese sido de otra manera.

Mas si el sentimiento que ella despertó en mí no fue lo que se llama amor, confieso que algo se aproximaba. Deseaba fuese dichosa, lograrse casars con el que le agradaba, no tenia los menores celos, la mas mínima idea de que pudiese escogerme por objeto de su amor. Mas cuando oia abrir la puerta me latia el corazon con la esperanza de que fuese Zanze; si no era ella, no estaba contento, y si lo era, el corazon me palpitaba con mas fuerza, y me ponía alegre.

Sus padres que ya tenian buen concepto de mí

sabian que estaba desatinada por otro, no tenian gran reparo de dejarla venir casi siempre á traerme el café de la mañana, y á veces el de la tarde.

Era tal su simplicidad que me decia: — estoy tan prendada de otro, y no obstante me quedo con gusto á vuestro lado. Cuando no veo á mi amante, me aburro por todas partes, menos aquí.

— ¿No sabes tú porqué?

— No lo sé.

— Te lo voy á decir, porque te dejo hablar de tu amante.

— Por decontado; pero creo que es tambien porque os aprecio sobremanera.

— ¡Pobre moza! tenia el bendito vicio de agarrarme siempre la mano, y apretármela, sin reparar en el placer junto con la turbacion que eso me causaba.

¡Bendito sea Dios que puedo acordarme de esta buena criatura sin el menor remordimiento!

### XXX.

Estas memorias serian ciertamente mas divertidas, si la Zanze hubiese estado enamorada de mí, ó si cuando menos yo hubiera hecho extravagancias por ella; y con todo eso la cualidad de simple simpatía que nos unia me era mas grata que el amor, y

si en algun momento temia que en el extravío de mi corazon cambiase de naturaleza, entonces me entristecia seriamente. Una vez, en dudas que esto viniese á suceder, desconsolado de encontrarla (no sabia por qué encanto) cien veces mas hermosa que me habia parecido al principio, sorprendido de la melancolía que experimentaba algunas veces lejos de ella, y del gozo que me causaba su presencia, me puse á hacer el enfadado durante dos dias, imaginándome que se desacostumbraria algun tanto de la familiaridad contraida conmigo. El proyecto no surtia gran efecto : ¡ esta chica era tan sufrida, tan compasiva ! Apoyaba su codo en la ventana, y se quedaba mirándome en silencio. Despues me decia : — Señor, mi compañía os importuna, y sin embargo si pudiera, me quedaria aquí todo el dia, cabalmente porque veo que vos teneis necesidad de distraccion : ese mal humor es efecto natural de la soledad, y si trateseis de charlar un poco, se disipará ; si no quereis vos charlar, charlaré yo.

— ¿ De vuestro amante, eh ?

— ¡ Eh no ! no siempre de él ; sé tambien hablar de otra cosa.

Y empezaba en efecto á contarme las cosillas de su casa, la aspereza de su madre, la bondad del padre, las travesuras de los hermanos, y todo esto lo referia con simplicidad y gracia ; pero sin apercibirse

recaia siempre en el tema predilecto, en su desventurado amor.

No queria yo cesar de hacer el enojado, esperando que ella se indispusiese contra mí ; pero sea inadvertencia ó arte, lo cierto es que no se daba por entendida, y tenia que acabar por serenarme, reir, enternecerme, y agradacerle su dulce paciencia para conmigo. Deseché de mi el ingrato pensamiento de quererla enfadar, y poco á poco se fueron calmando mis temores. En verdad no estaba prendado de ella ; examiné largo tiempo mis escrúpulos, escribí mis reflexiones sobre este punto, y la esplanacion de ellas me agradaba. A veces el hombre se forma fantasmas de nada, y para no temerlas, lo mejor es considerarlas con mas atencion y mas de cerca. ¿ Qué culpa, pues, era, si yo deseaba con tierna zozobra sus visitas, si apreciaba la dulzura de ellas, si gustaba de ser compadecido por ella, y de retribuirle piedad por piedad, puesto que nuestros pensamientos relativos uno á otro eran puros como los mas puros pensamientos de la infancia, puesto que sus apretones de manos y sus mas halagüeñas miradas al mismo tiempo que me turbaban me colmaban de saludable respeto ? Una tarde, desahogando su pecho con motivo de una grande afliccion que habia experimentado, la infeliz me echó los brazos al cuello, y me bañó el rostro con sus lágrimas. En este abrazo no habia la mas mínima idea profana ;

una hija no abraza á su padre con mas respeto. Solo sí mi imaginacion quedó demasiado turbada ; este abrazo se me venia á la idea con frecuencia , y entonces no podia pensar en otra cosa.

Otra vez que se abandonó á semejante impulso de filial confianza, me desprendí pronto de sus queridos brazos, sin estrecharla en mi seno, ni besarla, y le dije con voz balbuciente os ruego, Zanze, no me abraceis nunca ; eso no está bien. Me clavó los ojos, bajólos, y se abochornó ; y ciertamente fue la primera vez que leyó en mi alma la posibilidad de alguna flaqueza para con ella.

Desde entonces en adelante no cesó de ser familiar conmigo, pero su familiaridad se volvió mas respetuosa, mas conforme á mi deseo, y la fui agradecido.

### XXXI.

No puedo hablar del mal que aflige á los demas hombres ; mas en cuanto al que me ha cabido en suerte, desde que vivo, debo confesar que examinándolo bien, le he hallado siempre útil á alguna cosa, hasta á ese horrible calor que me oprimia, y esos ejércitos de mosquitos que me hacian guerra tan feroz. Mil veces he reflexionado en ello : sin un estado de perenne tormento como era este ¿ hubiera

yo tenido la constante vigilancia necesaria para conservarme invulnerable á los dardos de un amor que me amenazaba, y que me hubiera costado trabajo en contener en los límites del respeto, con una índole tan jovial y cariñosa como la de la muchacha ? Si temia algunas veces por mí en tal estado, ¿ cómo hubiera podido gobernar las vanidades de mi fantasía en un ambiente espuesto al placer y regocijo ?

En vista de la imprudencia de los padres de Zanze que tanta confianza tenian en mí, en vista de la imprudencia de ella que no preveia poderme ser causa de culpable arrebato, en vista de la poca seguridad de mi virtud, no hay duda que el sufocante calor de aquel horno, y los crueles mosquitos eran cosa provechosa. Este pensamiento me reconciliaba algo con tal calamidad, y entonces me preguntaba ; ¿ querrás tú verte libre de ella, y pasar á una buena vivienda bien fresca, y no ver mas á esa afectuosa criatura ? Debo decir la verdad, no tenia ánimo para responder á esta pregunta. Cuando se desea algun bien á alguien, es indecible el placer que hacen las cosas mas indiferentes en apariencia, asi una palabra de la Zanze, una sonrisa, una lágrima, el dejo de su dialecto veneciano, la agilidad de su brazo en sacudir con el pañuelo ó abanico los mosquitos que nos picaban á ambos, infundian en el ánimo un contento pueril que duraba todo el dia, siéndome dulce principalmente el ver que se cal-



maban sus aflicciones conversando conmigo , que le era gustosa mi piedad , que la persuadian mis consejos , y que se enardecia su corazon cuando razonabamos de virtud y de Dios.

Cuando hemos hablado juntos de religion , decia ella , rezo con mas voluntad y fe. Y algunas veces interrumpiendo ella de pronto un discurso frívolo , tomaba la Biblia , la abria , besaba el primer versículo que le caia á sus ojos , y queria se lo tradujese y comentase. Añadia en seguida : quisiera que todas las veces que vos leais este versículo , trajeseis á la memoria que he impreso en él mis labios.

No siempre á la verdad sus besos caian á propósito , mayormente si le acontecia abrir el Cántico de los Cánticos , en cuyo caso por no avergonzarla me aprovechaba de su ignorancia del latin , y me valia de frases que salváran la santidad del libro y la inocencia de ella , ambas cosas que me inspiraban profunda veneracion . En tales circunstancias nunca me permití reir ; era sin embargo grande mi apuro cuando algunas veces no entendiendo bien ella una falsa version , me suplicaba traducirle el periodo palabra por palabra , y no me dejaba pasar ligeramente á otro punto .

XXXII.

Nada hay durable acá abajo : la Zanze cayó mala ; en los primeros dias de su enfermedad venia á verme , quejándose de grandes dolores de cabeza , lloraba y no me esplicaba el motivo de su llanto , solo decia entre dientes algunas quejas contra su amante : es un malvado , exclamaba , ¡ Dios le perdone ! Por mas que le instaba abriese su pecho como solia , no pude saber lo que tanto la apesadumbraba .

— Volveré mañana por la mañana , me dijo una tarde : mas al dia siguiente me trajo el café su madre , los otros dias los *secondini* , y la Zanze estaba gravemente enferma .

Los *secondini* me referian cosas ambiguas del amor de esta desgraciada , las cuales me hacian erizar los cabellos . ¡ Una seduccion ! acaso era calumnia . Confieso que lo creí , y estuve muy contristado de tan gran desdicha ; mas conservaba todavía la esperanza de que fuese mentira .

Pasado mas de un mes de enfermedad , la pobrecita fue conducido al campo , y no la ví mas . Es increíble cuánta pena tuve de esta pérdida . ¡ O cómo mi soledad era mas horrenda ! cómo me era mil veces mas amargo saber estaba ausente esta buena

criatura que infeliz! pues me habia consolado tanto en mis miserias con su dulce compasion, y la mia era estéril para ella. Pero ciertamente estará persuadida que la tengo lástima, y que haria no leves sacrificios por darle algun consuelo, si fuera posible, no cesando de bendecirla y hacer votos por su felicidad.

En tiempo de la Zanze, sus visitas, aunque siempre demasiado cortas, interrumpiendo agradablemente la monotonía de mis continuas meditaciones y silenciosos estudios, mezclando á mis ideas otras, escitándome algun suave efecto, hermoseaban verdaderamente mi adversidad, y duplicaban mi existencia. Pasado aquel, la prision volvió á ser para mí un sepulcro; por espacio de varios dias estuve oprimido de tal tristeza que siquiera tenia gusto en escribir; esta no obstante era pacífica en comparacion de los furoros que habia experimentado otras veces. ¿Significaba eso que estaba yo ya mas familiarizado con el infortunio? era mas filósofo, mas cristiano? ¿ó bien solamente que el bochorno de mi cuarto postraba hasta la vehemencia de mi dolor? ¡ Ah! ; no la vehemencia del dolor! me acuerdo que lo sentia violentamente en el fondo del alma, y tal vez con mas vigor, porque me oponia á desahogarlo con clamores y agitaciones.

No hay duda que el largo aprendizaje me habia ya hecho mas capaz de soportar nuevas aflicciones,

resignándome á la voluntad de Dios. Me habia dicho tantas veces *ser cobardía quejarse*, que al fin sabia refrenar las quejas próximas á prorumpir, y me avergonzaba estuviesen tan listas en mis labios. El ejercicio de escribir mis pensamientos habia contribuido á confortarme el ánimo, á desengañarme de las pompas y vanidades de este mundo, á reducir la mayor parte de los razonamientos á estas conclusiones : hay un Dios : luego infalible justicia : luego todo cuanto sucede, está ordenado al mejor fin : luego el padecer el hombre en la tierra es para bien suyo.

El conocimiento, pues, de la Zanze habia sido un beneficio para mí; habia moderado mi genio, su dulce aprobacion me habia impelido á no desmentir en algunos meses el deber que inçumbe á todo hombre de ser superior á la fortuna, y por consiguiente sufrido, bastando estos pocos meses de constancia para resignarme.

La Zanze me vió solo dos veces en cólera, una con motivo del pésimo café de que ya he hecho relacion, y la otra en el caso siguiente : cada dos ó tres semanas me traia el alcaide una carta de mi familia, carta que pasaba por decontado antes por las manos de la comision, y rigurosamente mutilada con borrones de la mas negra tinta. Sucedió un dia que en vez de rayarme solo algunas frases, me borraron toda la carta, escluse las palabras *querido Silvio*

que estaban al principio, y las del fin *te abrazamos todos de corazon*. Me puse tan rabioso por eso que en presencia de Zanze empecé á vociferar, y maldije á no sé quién; la pobre jóven tuvo lástima de mí, reprendiéndome al mismo tiempo de incoherencia en mis principios; conocí que ella llevaba razon, y me abstuve de maldecir mas.

### XXXIII.

Un dia uno de los *secondini* entró en mi prision, y me dijo con aire misterioso: — Cuando estaba aquí la *siora Zanze*.... como era ella quien traia á vos el café... y yo me temia que la taimadilla explorase todos vuestros secretos...

— No exploró ni uno, le contesté enfadado, y yo, si los tuviese, no seria tan bobo de dejármelos sacar. Continúad.

— Disimuladme; no digo que vos seais bobo á ese punto, pero yo de la *siora Zanze* no me fiaba, y ahora que vos no teneis nadie que venga á hacer os compañía... espero... que...

— ¿Qué? Explicaos de una vez.

— Juradme primero de no descubrirme.

— ¡Eh! jurar de no descubrirlos lo puedo: jamas he descubierto á nadie.

¿Decid, pues, de veras que jurais?

— Sí, lo juro, pero tened entendido, mentecato que sois, que el que fuese capaz de descubrir á alguien lo seria tambien de violar su juramento.

Sacó de la faltriquera una carta, y me la entregó temblando, conjurándome de rasgarla despues de leerla.

— Aguardad, le dije abriéndola, tan pronto como la lea la haré añicos en vuestra presencia.

— Mas será necesario que vos respondais, y yo no puedo aguardar; haced como gusteis, solo si pongámonos de acuerdo sobre lo que os voy á decir: cuando vos oigais venir alguien, tened presente que si soy yo siempre cantaré *Sognai, mi gera un gato*, entonces no habeis de temer sorpresa ninguna y podeis conservar guardado en el bolsillo cualquier papel, pero si no oyeseis vos esa copla será señal que ó no soy yo, ó vengo acompañado, en tal caso nunca os debeis fiar en tener oculto algun papel, pues podrán registrar, y si vos teneis alguno rompiedlo pronto y tiradlo por la ventana.

— No tengais cuidado: veo que sois despabilado, y lo seré yo tambien.

— Con todo, vos me habeis llamado tonto.

— Haceis bien de echármelo en cara, le dije apretándole la mano. Disimulad.

Marchóse y leí lo que sigue: « soy... (y aquí decia el nombre) uno de vuestros admiradores, sé de memoria vuestra *Francesca da Rimini*; he sido

preso por... (y aquí me ponía el motivo de su prision y la fecha) y daría no sé cuántas libras de mi sangre por tener la dicha de estar en vuestra compañía, ó tener cuando menos una prision contigua á la vuestra, á fin de poder hablar juntos. Desde que supe por Tremarello (asi llamaremos al confidente) que estabais preso, y por qué causa, deseé con ansia deciros que nadie mas que yo os ama. ¿Tendreis bastante bondad para aceptar la siguiente propuesta: que aligerariamos entrambos la pesada carga de nuestra soledad escribiéndonos? Os prometo, á fe de hombre de honor, que alma en el mundo nunca sabrá nada por mi parte, persuadido que si vos aceptais, puedo esperar de la vuestra el mismo sigilo. Entre tanto para que tengais algun conocimiento de quién yo soy, os haré un compendio de mi historia. (Seguia la historia.)

#### XXXIV.

El lector comprenderá sin dificultad, por poco que esté dotado de imaginacion, el efecto eléctrico de semejante escrito sobre un cuitado preso, mayormente un preso de genio nada salvaje, y de corazon amante. Mi primer impulso fue sentir afecto por este conocido, interes por sus desgracias, y re-

conocimiento por la benevolencia que me manifestaba. Sí, exclamé, acepto tu propuesta, ¡ hombre generoso. ¡ Quiera Dios que mis cartas te lleven igual consuelo al que me traerán las tuyas, al que ya me proporcionó tu primera! Leí y releí esta carta con un júbilo infantil, y bendije mil veces á quien la habia escrito, pareciéndome que cada espression revelaba un alma noble y generosa.

Estaba poniéndose el sol, y era la hora de mi oracion. ¡ Ah! cómo Dios se hacia conocer á mí, ¡ cómo le daba gracias de suscitarme siempre nuevo arbitrio de no dejar ociosas las potencias de mi alma y de mi corazon! ¡ cómo se reanimaba la memoria de todos sus preciosos dones! Estaba de pie en la ventana grande, con los brazos fuera de las rejas, y las manos cruzadas: la iglesia de San Márcos estaba debajo de mí, una multitud prodigiosa de palomas torcaces se picoteaban, revoloteaban, y hacian sus nidos sobre el tejado de plomo; el mas magnífico cielo se presentaba á mi vista, dominaba yo á toda la parte de Venecia que alcanzaba á ver desde mi prision, un rumor lejano de voces humanas me heria dulcemente los oidos. En este parage infeliz, pero estupendo, conversaba con Aquel que solo me veía, le recomendaba mi padre, mi madre, y una por una todas las personas que yo amaba, y creia que me respondía: « confía en mi bondad, » y yo exclamaba: « sí, en tu bondad confío. » Y